

Pearl S. Buck

BRILLANTE
DESFILÉ



Obra muy distinta del resto de la producción de Pearl S. Buck. Es la historia de la evolución de una personalidad.

Stephen, hijo de un pastor protestante, se enriquece con el brillante ejercicio de su profesión (relaciones públicas) y a través de su matrimonio con una mujer bella y egoísta. A la muerte de su mujer, que le deja dos gemelos, uno de ellos deforme, el protagonista debe enfrentarse con el oficio de padre, y ello es punto de partida de una nueva visión del mundo y germen de un proyecto noble, altruista y ambicioso al que dedicará todo su esfuerzo.

CAPÍTULO PRIMERO

Stephen Worth volvía a casa a pasar las Navidades. No quería volver, y todos los proyectos que había hecho excluían aquella posibilidad, ya que estaba convencido de haberse ganado el derecho a la independencia. A las nueve en punto de la mañana, dos días antes de Navidad, se despertó en su piso de la parte alta de Nueva York, bostezó aparatosamente, miró hacia la ventana y se dio cuenta de que nevaba. Emitió un gruñido. ¿Por qué no había tenido el valor de enviar un telegrama, ya que no lo había tenido para escribir semanas antes alegando que los negocios lo retenían en la ciudad?

—Maldito estúpido sentimental —murmuró, saltando a regañadientes de la cama, mullida y enorme, en la que hubiera querido seguir durmiendo años enteros. Era muy alto y todas las camas de tamaño natural le resultaban cortas. Por eso, el primer lujo que se había permitido había sido la adquisición de aquella gigantesca obra de arte, con su grueso colchón, sus blancas sábanas, sus mantas y su edredón de color pardo. Aquella misma noche se vería obligado a acostarse en la vieja cama que lo había acogido cuando era un muchacho, en su dormitorio de la buhardilla, desde donde se oían claramente las conversaciones de sus padres. Hubiese querido tener el coraje suficiente para no volver. Le horrorizaba tener que conducir cuando nevaba, y algún día se decidiría a contratar un chófer. No le faltaba el dinero y podía permitirse semejantes extravagancias.

Se limpió los dientes, pasó a la ducha encristalada y reguló el agua a una temperatura un poco superior a la que

su epidermis podía soportar. Se enjabonó a conciencia y luego fue enfriando el agua gradualmente hasta que recibió un chorro de agua helada. Inmediatamente abandonó la ducha y se envolvió en una toalla gigantesca. Si algún día llegaba a casarse con Jane, esperaba que a ella no se le ocurriese pretender cambiar aquella rutina diaria que le resultaba imprescindible. Le complacía poder gozar de aquellos lujos paganos, después de haber vivido tanto tiempo en pobreza cristiana. Nunca se cansaría de la riqueza, nunca tendría bastante abundancia, nunca renunciaría a los placeres y al bienestar material.

Con verdadero alarde de vanidad, que él habría sido el primero en reconocer si algún testigo pudiera echárselo en cara, se envolvió en un batín de seda azul y se observó atentamente en el espejo, antes de afeitarse. Ya no había bolsas bajo sus ojos, aunque las había habido a las dos de la madrugada cuando llegó al piso y despidió al criado japonés, y por la noche, cuando llegase a casa, no quedaría en él ninguna huella de la alegre fiestecita de la noche anterior. Le encantaba ser guapo, como le confirmaba el espejo, con un rostro atrevido, de ojos oscuros, cabello espeso, y una boca que atraía las miradas de todas las mujeres. Aquellas miradas, puestas en sus labios, eran como besos, y sonrió involuntariamente al recordarlo. Tenía los pómulos salientes como su madre, pero poseía la firme barbilla de su padre. Ambos rasgos casaban bien, y el éxito alcanzado en los negocios le había dado un aire de arrogancia que contribuía a hacerlo atractivo. Tenía una buena figura, con anchos hombros, muy rectos, cintura estrecha y piernas alargadas. Eran dones muy apreciables que podía agradecer al Dios de sus padres, en quien, sin embargo, él no creía.

Había otra dificultad relacionada con el regreso navideño al hogar de la familia. No podía de ningún modo confesar a sus padres que se había librado de las ataduras mora-

les y que ya no experimentaba necesidad alguna de religión.

—¿Qué estarás haciendo mañana por la noche a estas horas? —le había preguntado Jane a medianoche.

—Estaré cantando villancicos en una vieja casa de campo —le había contestado él.

—¡Qué enternecedor! —dijo ella.

—Tú me enterneces más —se había apresurado él a responder.

Ella lo había mirado con aire burlón.

—Vamos, Stephen, no es ése el tipo de cumplido a que me tienes acostumbrada.

—Bueno, por lo menos diré que me entusiasman los lóbulos de tus orejitas.

—¿Y nada más? —había preguntado Jane.

—Eso para empezar.

Aquella estúpida conversación se había prolongado durante mucho tiempo, mientras comían, bebían, bailaban y se divertían en el jolgorio de la fiesta. Jane era una compañera deliciosa, pero ¿lo sería tanto si la tuviera consigo día y noche y año tras año? No lo sabía.

Una vez afeitado, se puso un traje deportivo de grueso cheviot.

Shigo, su servidor japonés, entró murmurando los buenos días y empezó a preparar las maletas. Shigo llevaba a su servicio más de tres años y sabía exactamente lo que tenía que poner en el equipaje.

Nada de trajes de etiqueta, sino simplemente una chaqueta oscura y una camisa blanca para ir a la iglesia, zapatos y calcetines negros, una corbata azul, un chaleco de punto, unos pantalones sencillos para pasear por el campo, y unos zapatos de suela gruesa.

—Te vas al Barrio Chino, ¿no es verdad, Shigo? —preguntó Stephen.

—No, señor Worth —contestó Shigo—. Voy a Casa Internacional ver mi novia.

Stephen manifestó su sorpresa.

—¿Prometido, Shigo?

—Sólo desde noche pasada —replicó el japonés—. Mientras usted en fiesta, yo también en fiesta.

—¿Quién es ella?

—Señorita Tenyo Matsui, estudia literatura en Columbia.

—¿Es posible?

La vida privada de Shigo era un secreto, pero aquel día, como podía observar Stephen, el hombrecillo amarillento se mostraba alegre y comunicativo.

—Es tan difícil casar bien... —fue la siguiente confidencia de Shigo, mientras guardaba cuidadosamente varios pares de calcetines.

—Cierto —convino Stephen—. Yo también lo encuentro difícil.

Shigo le miró con sorpresa.

—¿Usted, señor? Creo que muchas señoritas aman a usted.

—Me adulas —contestó Stephen.

Escogió una corbata de color rojo oscuro, el color que tendrían las hojas invernales de las encinas en contraste con la nieve.

—No coma demasiado pastel, señor —dijo Shigo con voz autoritaria—. Recuerdo última Navidad cuando usted comió demasiado.

—De acuerdo —dijo Stephen.

—Hora su desayuno —dijo Shigo mirando el reloj.

Cerró las maletas y se dirigió a la cocina, donde dejó de ser ayuda de cámara para convertirse en cocinero. Con unos huevos y unos pedazos de jamón hizo una tortilla, sirvió el café, y se mantuvo inmóvil mientras su señor comía, con una mirada afectuosa en sus ojos rasgados.

—Yo tener todo listo para usted día después de Navidad —prometió—. ¿Quiere invitar alguien a cenar?

—No se me ocurre nadie en este momento —dijo Stephen.

Se levantó satisfecho.

—Adiós, Shigo, y aquí tienes tu aguinaldo de Navidad. —Sacó la cartera y extrajo de ella un billete de veinte dólares—. Cómprale algo a tu pequeña señorita Tenyo.

Shigo hizo una profunda reverencia.

—Usted ser muy amable, señor Worth. Dé mis recuerdos a sus padres. Tengo pequeño regalo para usted, señor.

De su bolsillo sacó dos paquetitos, envueltos en papel rojo.

—Ahora eres tú el que es muy amable —contestó Stephen, guardándolos en uno de sus bolsillos.

Bajaron juntos en el ascensor y Shigo esperó respetuosamente a que su señor hubiera tomado asiento en el coche.

—Envuélvase bien en manta, señor —aconsejó.

Stephen asintió, se echó a reír, cerró la portezuela con violencia y dio principio a su solitario viaje.

En realidad, no le importaba estar a solas durante un día entero, mientras conducía por un paisaje nevado. La nieve caía lentamente, en copos grandes y silenciosos. Cuando era niño había viajado en coche con su padre bajo la nieve, no en el interior cómodo y acogedor de su moderno automóvil, sino en un viejo vehículo abierto a todos los vientos, cuya única defensa contra el frío que congelaba sus dedos era el parabrisas de mica. Ahora los coches eran como salones caldeados, con butacones de cuero, amplios y blandos. Estaba agradecido a la vida que le había hecho conocer las penalidades de ser hijo de un humilde predicador. Así podía apreciar en su justo valor los goces de su nueva vida de riqueza.

Hacía mucho tiempo que había comprendido que su padre no era un predicador muy notable. Con Jane había ido alguna que otra vez a las iglesias de Nueva York, a escuchar los sermones de algún orador famoso, e inmediatamente había comprendido que su padre no podía compararse con ninguno de aquéllos. Además, ni siquiera lo de-

seaba. Un sacerdote no debe ser rico, decía su padre; un ministro del Evangelio debe escoger siempre la pobreza. La cruz ha de ser de hierro, no de oro, y las manos que bendicen al hombre en nombre de Dios no han de adornarse con joyas. Pocas veces recordaba los preceptos que su padre repetía con tanta frecuencia, pero cuando los recordaba, cosa que generalmente le sucedía al estar solo, podía repetirlos íntegramente, mientras su recuerdo reproducía la imagen exacta de aquel hombre alto y delgado de rostro curtido y expresión melancólica.

Los suburbios de la capital habían sido substituidos por las poblaciones vecinas, y éstas por el campo. Había trepado por las colinas siguiendo la ancha cinta de asfalto que las atravesaba, y hacia mediodía tenía la sensación inconfundible que le invadía cada vez que regresaba al hogar. Era una sensación que la olvidaba de un año para otro, y a la que ofrecía cuanta resistencia le era posible, diciéndose que ya no se trataba de su verdadero hogar, que su juventud había quedado atrás y que su vida había tomado otros derroteros, pero todo era inútil contra el extraño hechizo. Suspirando, se dejó dominar por sus emociones. No podía negarse a hacer felices a sus padres durante dos o tres días cada año. Pero sabía que se mentía a sí mismo. En realidad, nada le agradaba tanto como aquel «hacer felices a sus padres». Hasta en sus pensamientos era un cínico incorregible, un cínico que comprendía claramente sus propias debilidades y pretendía burlarse de ellas, negándose a ser sentimental. Aquella tendencia, que más de una vez había discutido con Jane, era el último remanente de su educación anticuada como hijo de pastor.

Una vez fuera de la ciudad y avanzando velozmente por un paisaje de primitiva belleza, suspiró complacido relajando la tensión en que vivía. Durante cuarenta y ocho horas podría olvidar las rivalidades, las rencillas, los temores, todo cuanto le rodeaba de ordinario. No obstante, le agradaba vivir en reñida lucha constante, ser implacable en su oficina,

cínico como el que más en su profesión, llamada según él «relaciones humanas», pero que en realidad se limitaba a ser «relaciones públicas». Aunque se había reído de la idea, su orgullo no había conocido límites cuando se filmó una película dedicada a los cuatro hombres más famosos en aquella actividad. Él era uno de los cuatro, y hoy se había situado a la cabeza del grupo. Controlaba las relaciones públicas de cinco de los hombres más ricos de América, y de sus respectivas empresas. La lista de sus clientes era impresionante por su longitud y selección. Con frecuencia decía que él era un hombre honrado dedicado a una profesión engañosa. Era honrado hasta con sus clientes.

—Siendo honrado —había dicho al heredero de un multimillonario— se puede alcanzar el triunfo con más facilidad. La honradez sigue gozando del favor del público.

A las dos hizo alto para tomar una taza de café en el mostrador de una taberna diminuta adornada con motivos navideños hechos de papel. Le sirvió una mujer joven, de cuyas faldas no quería despegarse un niño muy pequeño.

—Quiere que Papá Noel le traiga un tren, pero ya le he dicho que no habrá tren si no se porta como es debido.

Haciendo un guiño, la mujer habló en tono más confidencial.

—Su papá acaba de salir en busca del dinero para comprarlo. Me parece que este año no van bien las cosas para nadie.

Stephen sonrió bebiéndose el café, caliente y muy cargado. Cuando pagó, lo hizo con un billete de diez dólares.

—Quédese el cambio para el tren del pequeño —le dijo.

Rechazó sus frases de gratitud y volvió a meterse en el coche. No le gustaban los niños, ni los comprendía, porque él había sido toda su vida un niño solitario. Su generosidad no había sido provocada por el espectáculo del niño, ni había pretendido hacer un favor a la mujer, o a su marido. Lo que le sucedía era que odiaba la miseria de modo instinti-

vo. Por otra parte, estaba siempre demasiado atareado para pretender cambiar el mundo y darse a la filantropía, aunque contaba con más de un filósofo entre sus clientes.

La nieve caía ahora en torbellinos y el cielo era invisible. Se concentró en la tarea de conducir. La obscuridad cayó pronto sobre el campo. Llegaría a su destino con varias horas de retraso. Había sido una estupidez por su parte no haber tomado el tren, y se debía a que le desagradaba encontrarse en casa sin el coche, sabiendo que no podía escapar en él cuando se le antojara. En cambio, sabiendo que el vehículo le esperaba en el cobertizo del jardín, sus nervios se mantenían más tranquilos mientras duraba su estancia en la casa. A medida que la nieve se hacía más espesa, resultaba más absorbente el esfuerzo de conducir, pero si la tormenta no arreciaba, alcanzaría sin percances su meta.

A las cinco en punto distinguió las luces de la pequeña población sobre la ladera.

—Oh, pueblecito de Bethlehem —decía con cariño su madre las noches de invierno en que habían salido a hacer alguna visita y regresaban a casa al anochecer.

La moderna Bethlehem, ciudad industrial llena de altos hornos, se levantaba a varias millas de distancia, y era visible desde el coche gracias a la gigantesca estrella de acero que habían construido los ingenieros de la fundición, con tal habilidad que bastaba cambiar unos tornillos para que se convirtiera en una cruz, aprovechable durante la Cuaresma. A Stephen esto le parecía simbólico, ya que las estrellas acostumbran a convertirse en cruces con el tiempo, tanto en el siglo presente como en la vieja época, cuando una estrella había señalado el camino del pesebre. Él pensaba pocas veces en los relatos tradicionales, pero convenía en que, en noches como aquélla, atravesando valles nevados, era mucho más fácil creerlos.

Llegó al pueblo, con una sola calle importante, y vio, como todos los años, el pequeño triángulo central formado por el almacén, la oficina de correos y el garaje, y en mitad

del triángulo el abeto adornado y resplandeciente de luces. El señor Kraut, el tendero, se encargaba cada año de su decoración. Stephen pasó junto al árbol lentamente, porque sabía que el señor Kraut no toleraba que nadie fuese a gran velocidad, por mucha prisa que tuviera, a fin de que no corriera peligro ningún niño o anciano. Luego Stephen vio la pequeña iglesia de piedra donde su padre había sido ministro durante treinta años. Se veía luz en todas las ventanas. Él sabía la causa. Las mujeres estaban terminando de instalar las guirnaldas para la función religiosa del día siguiente. Su padre siempre había dado mucha importancia a la Navidad y a sus mágicas horas en que los corazones de las gentes se enternecían. No era cosa frecuente que las personas se dejaran enternecer y valía la pena aprovechar la ocasión insólita.

Mary estaría sin duda entre las mujeres que trabajaban en la iglesia. Y al pensar en Mary, Stephen volvió a sentirse incómodo. Se trataba de uno de los episodios de su vida que permanecían incompletos, inacabados. Hacía mucho tiempo, es decir, años atrás, él había creído que acabaría casándose con Mary. Ella había sido su primer amor, y temía (esto contribuía de modo especialísimo a su incomodidad) seguir siendo para ella el único amor posible. Sin embargo, para consolarse se decía que nunca le había declarado abiertamente sus sentimientos, ya que antes de que pudiera hacerlo, su sentido práctico le había hecho comprender la importancia que el matrimonio podía tener en su futuro profesional. Era una locura injustificable la de casarse pronto y sin analizar detenidamente el problema.

El matrimonio debía abordarse mucho después de haber triunfado en la vida, y así constituiría una especie de sello de garantía del éxito personal. Ni siquiera estaba completamente seguro de desear casarse con Jane.

Había llegado al rastrillo del jardín y a través de las espirales de nieve podía ver la luz que colgaba sobre la puerta de la casa. Todas las persianas estaban levantadas, porque

su madre nunca quería cerrar de noche las ventanas, y las luces del interior de la casa se veían a través de los cristales y de la nieve como unas manchas indefinidas. Saliendo del coche, corrió hasta la puerta subiéndose el cuello del abrigo. Empujó la puerta, que se abrió a la presión, y entró en el vestíbulo. Su padre estaba en la salita, acercando una cerrilla a los leños de la chimenea. Se volvió al oír que la puerta se abría y notar la ráfaga helada que entró por ella.

—¡Ya ha llegado Stephen! —gritó.

La puerta de la cocina se abrió violentamente y su madre salió corriendo, cubierta con un delantal su figura diminuta y regordeta.

—¡Stephen!

—He llegado tan tarde por culpa de la nieve.

—Hemos estado preocupados por ti.

Los brazos de la madre rodeaban su cintura mientras su padre le sostenía una mano.

—Preocupados no es la palabra exacta...

—Sí lo es —insistió ella—. ¡Oh, Stevie, cuánto me alegro de verte! Ahora es cuando verdaderamente empieza Navidad. Acabo de cocer el último pastelillo. Déjale quitarse el abrigo, papá.

—¿Quién se lo impide? —exclamó el padre.

—Tu cuarto ya está preparado —siguió hablando su madre—. Todo está exactamente igual que entonces. Dime, Stevie, ¿no has adelgazado?

Lo miró atentamente con sus ojos azules y penetrantes.

—Eso quisiera —contestó Stephen dejando el abrigo en el perchero.

Últimamente había ganado demasiado peso.

—Pareces cansado.

—Demasiadas fiestas esta última semana.

Esta observación la recibieron en silencio, esperando que dijera algo más. No tenían una idea muy clara de cuál podía ser la vida que llevaba su hijo, aunque a veces la discutían por las noches, preguntándose cuáles serían las ten-

taciones a que se vería sometido y si sabría resistirlas. Generalmente, aquellas conversaciones daban por resultado que los dos viejos saltaran de la cama y fueran a arrodillarse en el suelo, a rezar.

—Espero que no bebas durante esas fiestas, Stephen —dijo su madre en tono vacilante.

Él se inclinó a besar sus mejillas enrojecidas por el calor de la cocina.

—Siempre procuro salir de ellas borracho como una cuba —dijo bromeando.

—¡Oh, Stephen, no puedo creerlo!

—Pues no lo creas, mamá. ¿Por qué habías de creerlo? Lo cierto es que sé cuidarme.

Se daba cuenta de las dudas secretas y sospechaba que sus padres rezaban por él, pero no estaba dispuesto a hacerles promesas firmes de ninguna clase. No quería sentirse atado en ningún momento.

—Se está apagando el fuego, papá —dijo—. Dame los fósforos.

Cogió las cerillas que le daba su padre, notando en aquella mano un ligero temblor que antes no había observado. Se inclinó a encender los leños y permaneció ante la chimenea, calentándose, hasta que la radiación de las llamas fue tan intensa que le obligó a distanciarse un poco.

—Es agradable volver a casa —dijo—. Siempre lo es. Y eso que por lo general luego lo olvido.

—Trabajas demasiado —dijo la madre con cariño.

Los dos ancianos se mostraban solícitos en torno al hijo pródigo, pensaba él. Aquel año habían envejecido notablemente, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Desde luego, sabía que no podían vivir eternamente. No todas las Navidades podría seguir volviendo al hogar. Aquella necesidad se extinguiría, como se extinguen tantas otras cosas, y entonces sería completamente libre.

—¿Te has fijado en la guirnalda sobre la puerta principal? La ha hecho Mary.

Era su madre la que le hablaba. En cuanto podía, traía a Mary a colación.

—Nevaba demasiado —contestó Stephen—. Ya me fijaré mañana.

—Tiene bayas y moras entrelazadas con las hojas —siguió diciendo su madre—. Tardó un día entero en disponerla.

Entonces él hizo la pregunta que su madre esperaba... ¿era preferible acabar cuanto antes!

—¿Cómo está Mary?

—Tan adorable como siempre —se apresuró ella a decir—. Cada día es más hermosa, ¿no te parece, papá?

El padre contestó con cautela. Opinaba que a los jóvenes no había que empujarlos hacia el altar.

—Creo que, efectivamente, tiene muy buen aspecto.

—Tengo que verla mañana mismo —dijo Stephen simulando gran entusiasmo—. Y ahora, mamá, ¿qué hay para cenar? Sólo he tomado una taza de café en todo el día, esperando a ver lo que tú me guardabas.

—¡Oh! —exclamó la madre con voz ahogada y echando a correr hacia la cocina.

Los dos hombres se miraron sonriendo.

—Sigue siendo igual que una chiquilla —dijo el padre con ternura.

—Y siempre lo será —aseguró Stephen.

Se puso en pie, aspirando con fuerza la atmósfera de la vieja casona, reviviendo los lejanos tiempos de su infancia.

—Aquí nada cambia, papá.

El padre se sentó en el lugar que él había dejado.

—Parece que nada cambia, pero, sin embargo, se producen cambios profundos en los jóvenes.

—¿No acude la juventud a la iglesia?

—No como en otros tiempos.

Stephen se puso en guardia.

—Pero mañana estoy seguro de que no faltará nadie.

—Quisiera poder estar tan seguro como tú —dijo su padre con tristeza.

—Son tiempos muy duros —le recordó Stephen—. ¿Y la depresión no empuja al pueblo a buscar consuelo en las iglesias?

—No —replicó su padre—. Saben que de las iglesias nada pueden esperar, porque son tan pobres como ellos.

Había algo oculto tras la reserva de su padre. Stephen se mantuvo ojo avizor durante toda la noche, en espera de que el secreto se le revelara. Por todas partes veía huellas de la pobreza que él casi había olvidado. La comida era abundante pero sencilla. En otros tiempos su madre había hecho mayor derroche de mantequilla y otros ingredientes costosos.

—Gracias a Dios que este año tenemos manzanas por lo menos —exclamó su madre.

En el huerto había tres manzanos. Unas veces daban fruto, pero otras no.

—¿Por qué dices «por lo menos»? —preguntó Stephen.

—Porque hay que dar gracias por todo —contestó ella.

—¿Notas mucho la crisis, Stephen? —preguntó el padre.

—No; mis clientes son gente de muy buena posición.

Hubiese querido añadir: «Decidme si necesitáis algo», pero sabía que nunca se lo dirían, a no ser que les obligara.

—¿Te han reducido el sueldo? —preguntó con voz dura.

—No; no me lo han reducido —contestó su padre—. He sido yo quien ha pedido la disminución. La gente está pasando muchos apuros y hay que dar ejemplo.

—Si no recuerdo mal, había poco que reducir —observó Stephen.

—Tenemos lo suficiente para vivir —dijo su padre con dulzura.

Su madre guardaba silencio, con los labios apretados. Aquella pareja estaba unida firmemente, por lazos de amor y de comprensión. Representaban el escollo simbólico en